

**E**DITADO en España en 1932 y sin nuevas reediciones, «Fábrica de sueños», de Ilya Ehreburg (cuyo nombre aparece totalmente occidentalizado en esta versión española: Elías Ereburg), es un libro insólito. Conocido por los españoles que hoy tienen más de cuarenta años, su desconocimiento por generaciones posteriores seguramente ha imposibilitado una comprensión adulta del fenómeno cinematográfico en su concepción industrial. Aunque no se trate siempre de un serio estudio del cine americano de los años veinte-treinta, los aparentes cotilleos de Ehreburg, en un estilo mordaz, divertido y crítico, suponen una visión adulta de las posibilidades de alienación del cine, que hoy pueden hacerse extensibles a otros fenómenos de la llamada cultura de masas. La prohibición que sufrió la obra de Ehreburg en España es tanto o más explícita que su libro en cuestión, ya que viene a confirmar la extensión de su trabajo, las posibilidades incisivas de su crítica, casi siempre despiadada, aunque en ocasiones ligeramente ingenua.

Ehreburg, poeta, novelista, publicista, es calificado como una de las figuras más «enigmáticas» de la literatura rusa. Judío de origen, fue detenido a los dieciséis años (en 1907) por actividades revolucionarias. Emigró a Francia, donde conectó con los componentes de la entonces vanguardia (Cocteau, Max Jacob, Picasso...), y no volvió a su país hasta 1917. Escéptico y con postura poco clara con respecto a la nueva situación política recién lograda en Rusia, vuelve a salir para el extranjero en 1921, como corresponsal de prensa. A pesar de la admiración que se dice Lenin sentía por él, Ehreburg no llega a transformarse en una figura literaria realmente significativa en su país hasta la llegada del stalinismo, del que se hace defensor y paladín. Viajero empedernido, anduvo por España durante la guerra civil, y por París en el preciso momento en que los alemanes hacían su entrada en la ciudad. Condecorado varias veces con el Premio Stalin de Literatura, Ehreburg escribe en 1954 su más famosa novela, «El deshielo», título que daría pie para definir el período histórico poststalinista. Muere en 1967, no sin antes acabar sus «Memorias», de las que Isaac Deutscher, uno de los más agudos estudiosos de las conquistas y fracasos de la revolución rusa, de sus enemigos y simpatizantes, en palabras de E. H. Carr, dice en su «Ironías de la Historia» (Ediciones Península 1969): «La desgracia de Ehreburg no consiste tanto en que le haya faltado temple para oponerse al stalinismo, sino en que se ha sometido a él tan completa e incluso celosamente que ha corrompido por ello su propia obra y casi se ha destruido a sí mismo como no-

## CUATRO MOMENTOS DEL CINE AMERICANO (I)

# UNA FABRICA DE SUEÑOS

Por  
**DIEGO GALAN**

Thelma Todd. Podía servir también para tranquilizar a los soldados, hacer feliz a los obreros parados o permitirles que vendieran sus manzanas en paz en las frecuentadas calles de Broadway.



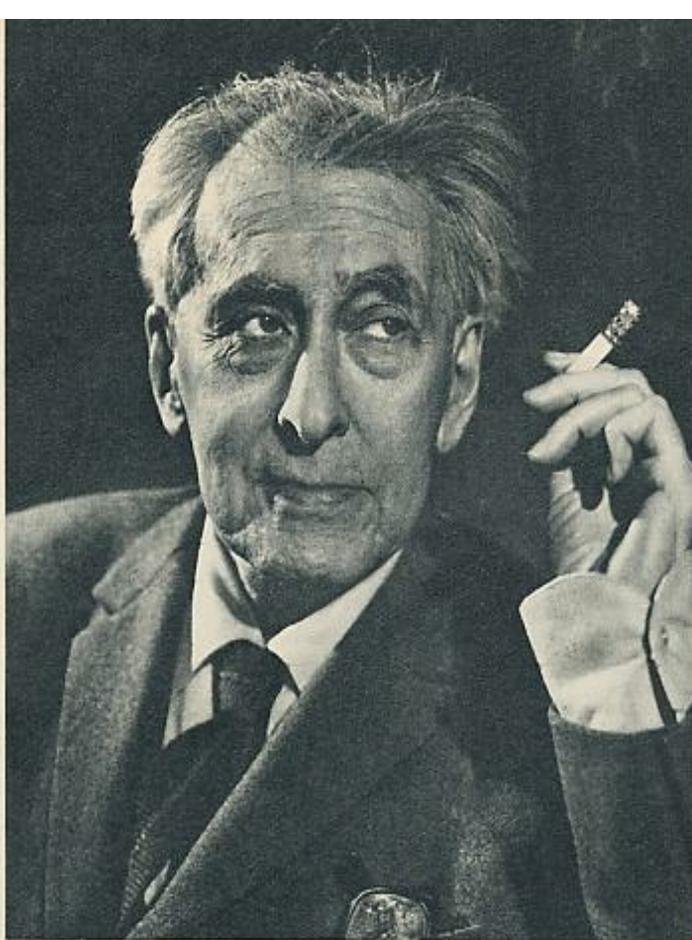
velista y como poeta. El mismo alude (en sus «Memorias») a sus novelas de propaganda, «escritas apresuradamente» y «mal construidas». Se parece al principal personaje de su obra «El deshielo», el pintor Vladimir Pukhov, que ha perdido su personalidad artística por su oportunismo y servilismo».

### DE COMO FUNCIONA LA «FABRICA DE SUEÑOS»

Para el cine se adaptó alguna de las novelas de Ehreburg («El amor de Jeanne Ney», 1927, que dirigió G. W. Pabst). Aunque pudo ser sólo este su contacto con el cine, fue capaz, en cambio, de entender lucidamente cómo se desarrollaba su industria, cómo eran, qué querían los grandes magnates de esa industria: Zukor, de la Paramount; William Fox; los Warner; Hugenberg, de la U. F. A.; Eastman, de la Kodak; Harry Cohn, de la Columbia; Will Hays... El libro está escrito en un tono jocoso, que cubre las curiosidades más superficiales y el análisis más riguroso. Así, por ejemplo, Ehreburg relata el momento en que Zukor («al que sólo le interesa ganar dinero» y había cubierto todo tipo de oficios, constituyéndose así en un clásico del progreso americano) pide dinero prestado para comenzar su productora:

«Deme usted cinco mil dólares y ganaré el dinero a espaldas. Se trata del más seguro de los negocios. La gente, en la actualidad, no tiene distracciones: distracciones buenas, confortables y que no sean caras. El teatro es como un artificio movido a mano, como un caballo. Tenemos que montar un negocio a la moda de hoy. ¿Se figura usted que sólo es posible ganar dinero con el azúcar o con la seda? La gente, por supuesto, quiere comer cosas buenas y andar bien vestida. Pero los hombres no son unos animales. Se lo digo a usted como húngaro y como judío, como artista y como filósofo. Los hombres quieren también soñar. Necesitan sueños hermosos. Pues, bueno, vamos a fabricar sueños, sueños en serie, sueños entretenidos y que no cuesten mucho... Usted me da cinco mil dólares, y de aquí a unos años tiene quinientos mil. Observe usted a la gente; quiere ilusiones. Con eso puede ganarse dinero de una manera inaudita...»

Son los años anteriores al descubrimiento del sonoro, de la guerra de los «trusts»; ahora es otra guerra la que se practica; en ella hay realmente soldados que mueren «por la Patria»: «Sí, la guerra es una calamidad tremenda. Todo el mundo se da cuenta de ello. Pero la guerra es, al mismo tiempo, un buen negocio, y no sólo para los industriales que fabrican municiones. La guerra es un buen negocio para toda la gente sensata. Cuatro millones de soldados... ¿Cómo distraerlos si no es con películas



Ilya Ehrenburg, un hombre incapaz de oponerse al stalinismo, que se destruyó así a sí mismo como novelista y como poeta. Viajero infatigable, supo entender con profundidad las características de la fábrica de sueños.

entretenidas?... El cine ya no es una innovación discutible; ya no es un barracón de feria para niños y criadas: es una necesidad social, como el correo y los cigarrillos. En los barcos, al mismo tiempo que cañones y latas de conservas, se cargan frágiles rollos de celuloide. Cuando han visto la inocente sonrisa de la favorita de Zukor, la arrebatadora Mary, los soldados mueren alegremente. Mueren, claro está, por los grandes Ideales».

Y para ello, «en todos los films, además de la explosión de los obuses, el tierno rumor de los besos: no se deja olvidado el amor. El cine es, fundamentalmente, amor. Acompañado del crepitar de las ametralladoras, aún es más elevado, más poético. En "El ensueño inmolado", una mujer ligera de costumbres se enamora de un soldado norteamericano. Inmediatamente ha abjurado de sus yerros. Un pastor los ha unido a ella y a su amor la víspera de la separación: cruz y bandera. ¿Qué pasó luego? ¿Cayó acaso el joven marido defendiendo los catorce puntos Wilson? ¿Conoció quizá toda la alegría de vivir en alguno de los burdeles organizados por la previsora autoridad militar? ¿Volvió acaso al buen camino a alguna otra pecadora? La guerra purifica cuanto hay en el mundo». (...) «En la pantalla no se hace ver nunca la guerra de gases. Es una cosa demasiado prosaica. La guerra aérea, eso ya es otra cuestión. Ha caído un avión alemán. Acuden los ingleses. Et aviator no se ha matado: se entrega únicamente. Es un hermoso duelo: temeridad, caídas en barrena, fetiches, una cortésia caballeresca y, a dos dedos de la muerte, una sonrisa. Es difícil adivinar por qué vuelan estos aviones. Quizá deseen simplemente remontarse muy alto, más cerca de Dios y de las estrellas. Comoquiera que sea, nunca lanzan bombas sobre las ciudades, no matan niños, no; besan tiernamente el retrato de la mujer amada y rinden honores al adversario. El general recompensa al "as" dándole la cruz. Su novia murmura: "Eres un héroe"».

Y es que «en el cine, nadie piensa; en el cine, mira uno, descansa y nada más».

Años más tarde, cuando Zukor ha conseguido el triunfo, incluso superando sus propias previsiones, se pregunta:

Pero, ¿por qué arman todo ese alboroto los obreros parados? ¿Contra qué protestan? ¿Contra la vida? ¿Contra la muerte? Lo que deben hacer es vender sus manzanas e ir al cine. En lugar de eso, organizan manifestaciones.

Zukor desprecia la política. ¿Vale acaso la pena pronunciar discursos cuando puede uno hacer dinero? Bastantes asuntos tiene Zukor sin necesidad de éstos. Claro está que él vota por los republicanos: ¿no defienden la Ley Seca los republicanos? A Zukor le va bien con ello.

Bastaría con que volvieran a abrirse las cervecerías, para que los norteamericanos empezaran a preguntarse: «¿Adónde iríamos esta noche?»... Actualmente, los norteamericanos no tienen dónde elegir, y todos los norteamericanos van al cine. Si Zukor vota a favor de los republicanos es por cuestión de balance. Pero lo que es a los obreros parados los tiene embrujados la idiotéz esa de la política. Alaban sus ideas hasta quedarse roncacos, como si las ideas fuesen maquinillas de afeitar o estilográficas. Pues que se vayan a Europa. En Europa no tienen suficientes dólares y les sobra tiempo. Resulta que en la tierra de Zukor se les había ocurrido a no se sabé qué extravagantes hacer la revolución. Habían declarado que el Poder pertenece a los pobres. ¡Valiente bobada!... Por lo visto, se trataba de que los criminales detuvieran a los policemén. Que arruinen a los ricos, y se acabaron la belleza y el cine.

Zukor es buena persona: está dispuesto a comprarle un carro de manzanas a los obreros parados. Pero dejemos a un lado la filantropía. Zukor posee un remedio radical: fabrica esperanzas. Si los beneficios de la Paramount han ascendido a 17 millones en el curso del pasado año, no hay que ver en ello más que la sabiduría del Todopoderoso. Devuelve ciento por uno...

Zukor examina una nota de informe: «... la frecuentación del cine sufre la deplorable repercusión del auge que alcanzan los bailes, de la actividad de las sociedades religio-

sas, así como del recrudescimiento del paro...». Bueno; pues hay que luchar contra los bailes... somos enemigos de las distracciones inmorales. En cuanto a la competencia que nos hacen las sociedades religiosas, puede llegarse fácilmente a un acuerdo —¿por qué no poner cines en las iglesias?—... Hay que ver cómo pecan los impios —con eso se librará del pecado a los baptistas y metodistas... El paro, ya llegará su fin. De los que venden manzanas en Broadway, unos reventarán, otros llegarán a hacerse ricos, otros —y son millones— volverán a emprender el camino de la fábrica. De día, la cadena; de noche, el cine. Tal es la ley de la creación.

(...) «Los hombres esperan de la pantalla el descanso, la poesía, la ficción. En las salas oscuras parecen dormidos, tienen sueños maravillosos. Debemos inculcarles nuestra poesía, la poesía del dólar y del ideal, la poesía de la lucha por el éxito —los fuertes dirigen, los débiles trabajan—. Los hombres deben afanarse en su trabajo con lágrimas de enternecimiento. Es fácil dictarle al hombre el empleo que debe dar a su jornada: ¡maneja esta perforadora, escribe a máquina, aprieta tornillos, haz sumas! Pero no basta con eso: debemos dictarle sus sueños —que sea, hasta cuando duerme, un ciudadano consciente de los Estados Unidos».

#### LA MORAL DE HAYS

Ehrenburg, fundamentalmente buen escritor, ameno e inteligente,

noveliza a lo largo de su libro todo el proceso de intrigas, envidias y competencias de los «fabricantes de sueños». Para ellos, cualquier truco, cualquier solución es válida si lleva consigo el aumento de los dividendos, la proliferación de las salas de proyección y de las películas. Más que una denuncia de la industria del cine, Ehrenburg habla del sistema capitalista americano y se divierte con todo lo que observa. Su libro, que necesitaría una reproducción íntegra, tiene, en ese sentido, unos pasajes decididamente sabrosos. Y, entre ellos, el que relata la ascensión de Bill Hays, el creador del famoso código de censura (ver TRIUNFO número 443, entre los magnates de la industria. Estos están aterrados con la propaganda de la Liga de la Decencia, que puede acabar arruinando los espectáculos cinematográficos. ¿Pues no se les ha ocurrido decir que son inmorales? Y todos los productores, por primera vez, se reúnen y tratan de solucionar el problema. Y se decide confiar a Bill Hays, presbiteriano, ayudante de Harding, la confección de un código que pueda tranquilizar los nobles almas exaltadas de esa Liga de la Decencia. «Bill Hays, vacila. A decir verdad, a un americano cien por cien como es él, le cuesta trabajo hacerse amigo de estos judíos europeos. No piensan más que en el dinero. Will Hays piensa en su alma. Es un idealista y un presbiteriano. Todos los domingos va a la Iglesia. Nunca bebe vino; el vino está bien para las personas que tienen una imaginación baja. Will Hays no necesita del vino para estar alegre —se embriaga con la alegría del vivir, con el buen éxito de los negocios, con la proximidad del Creador—. Si quiere concederse una pequeña golosina toma un "ice-cream" —eso no es un whisky—; no hay presbiteriano, por austero que sea, que no adore el "ice-cream". Will Hays no fuma nunca ni pone los ojos en las mujeres ligeras. Es puro ante Dios y ante los hombres. ¿Puede, en lugar de consagrarse a la política en grande y a las operaciones bancarias, ocuparse de films equívocos?... Pero si Hays no pone mano en la industria cinematográfica, un gran peligro amenaza al Estado. Es menester luchar contra la depravación de las almas. (...) Si Hays toma en su mano el pesado cetro, la sociedad exhalará un suspiro de alivio. El cine pasará a ser el sostén del orden, la escuela de la virtud, el aliado de los presbiterianos y de los cuáqueros, el laboratorio gigantesco en que preparará Hays la vacuna contra la anarquía, contra el socialismo, contra el comunismo».

Hays acepta. Y ya no sólo se dedica a conservar el orden y la virtud en las películas filmadas, sino a contribuir a que el cine americano (da igual que sea de Zukor, de Fox o de los Warner) se vea por el mundo: «En el universo hay

# UNA FABRICA DE SUEÑOS

55.000 salas de cine que son frecuentadas cotidianamente por 250 millones de espectadores. Estas salas sólo deben proyectar films norteamericanos. Nosotros os damos género bueno; os distraemos y os educamos. Por eso nos pagáis tributo: francos, marcos, libras, coronas, rublos, yens, liras, pesetas, dracmas, leils, florines, dinares...». Hays se mueve, se agita, «llama por teléfono», se transforma, según Ehrenburg, en el «zar del cine», en Bill I. «Bajo el cetro de Bill I, el cine se ha convertido en el fundamento mismo del orden». Porque —piensa Hays—: «¿Qué es el cine? ¡El cine es el desinteresado culto rendido a los ideales de la humanidad!». Hays repite esto ante el aparato, ante el micrófono, en la tribuna, en el teatro, sonriendo invariablemente:

—El cine es la síntesis de todas las obras vivas de la civilización, ciencia e industria, religión y arte...

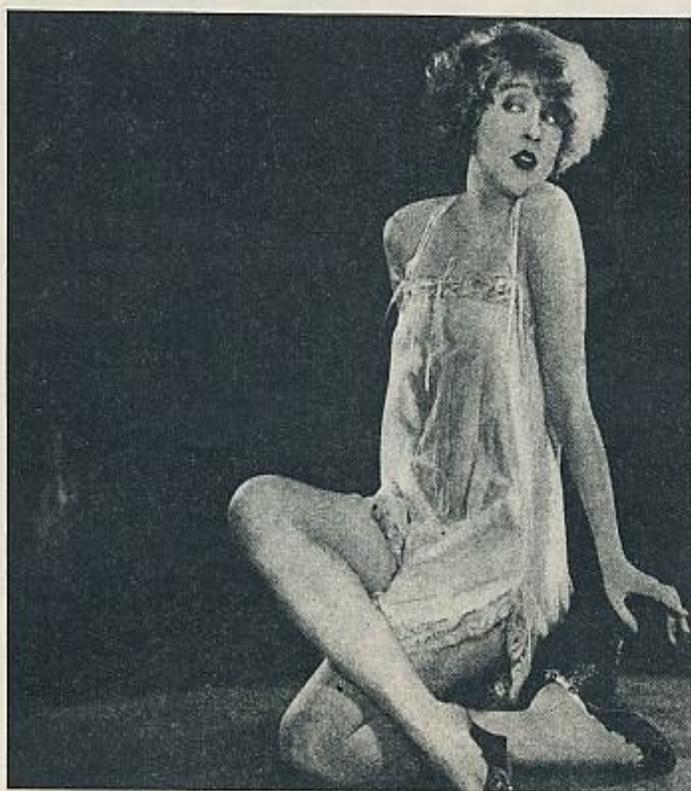
La ciencia son las patentes de la Western Electric. El arte es la lucha por las «starts». La industria son los dividendos de Zukor y de Clark. La religión es ese Código divino que tiene por autor al propio mister Hays. Los «Producers and Distributors» no caben en sí de gozo. Le han subido, desde hace mucho, el sueldo a Hays, que ahora cobra ciento cincuenta mil dólares al año. Adolfo Zukor suspira enternecido:

«Cada día estoy más con las ideas de mister Hays. ¡Ah, ahí tienen ustedes, en verdad, unas ideas maravillosas!...».

## A LA CONQUISTA DE EUROPA

Es Zukor quien habla:

«El cine requiere la diversidad. Si en un film hay un poquito de sexualidad, está bien; si no lo hay, también está bien. Claro es que a todo el mundo le resulta agradable ver una mujer bonita en la pantalla. Es una parte de la vida como otra cualquiera, y acaso la más amable. Nosotros tratamos de presentarla. Pero no es toda la vida. Acuérdense ustedes de "El nacimiento de una nación" o de "El gran desfile". ¡Qué éxito! ¿Acaso ha hecho Laemmle un mal negocio con el film de Remarque?... Aquí, naturalmente, Eisenstein va a tener que andarse con pies de plomo. Hollywood no es Moscú. Yo no he de tolerar nada que sea tendencioso. Acá, para entre nosotros, me temo que no dé resultado. Eisenstein es increíblemente testarudo. ¡Bah!, es el juego. También nosotros nos perdemos a veces. Con fruslerías. Con el mismo Eisenstein. Pero mi sistema, en principio, es justo: tal porcentaje de sexualidad, tal porcentaje de otros sentimientos... Lo esencial es acomodarse al gusto del público. Después de la guerra, América exigía desenlaces felices. Pero resultaba que los alemanes habían sido derrotados y se entregaron al masoquismo; toda felicidad, cual-



El cine es amor. Pero también, según Hays, la síntesis de todas las obras vivas de la civilización, ciencia e industria, religión y arte. En la foto, Mae Murray.

quiera que fuese, incluso en la pantalla, acabó por hacerseles insostenible. Verdad es que Alemania es un cliente de segunda clase, pero hemos hecho algunos films con un desenlace triste y no queríamos perder clientes, aun cuando fuesen clientes modestos. En las paredes de nuestro teatro de Nueva York hay cuadros antiguos. Siempre resulta agradable recrearse en ver una marquesa cuando viene uno de ver los rascacielos. Pero en París hacemos repartir chocolatinas confitadas a nuestro público. Sí, para llevar adelante la Paramount hay que ser un psicólogo sutil».

«Los Estados Unidos dan el 40 por ciento de la producción mundial de petróleo, fabrican el 63 por 100 de la totalidad de los teléfonos, el 78 por 100 de la producción universal de automóviles. Pero es el cine el que ocupa el primer lugar: el 85 por 100 de los films, cuyas sombras vivas pueblan las pantallas del universo, se fabrica en los Estados Unidos».

Es lo que dice Hoover: «En los países en que penetran los films norteamericanos, vendemos el doble de automóviles norteamericanos, de fonógrafos norteamericanos, de gorras norteamericanas. De igual modo conseguiremos que Europa acabe por pensar de la misma manera que nosotros».

La colonización de Europa por el

cine de los Estados Unidos comenzó a tambalearse con la llegada del sonoro, ya que cada país quería «oír» los films en su propia lengua. Pero nada conseguía aminorar «la marcha» de los productores norteamericanos: «Habrá que hacer films en los demás idiomas: en español, en francés, en alemán. Los ingleses, para hacer buenos tejidos, importan algodón de América. También nosotros importaremos nuestra materia prima. Haremos venir de Europa actores vivos. Reexportaremos a Europa productos manufacturados. Costará mucho, pero, ¡qué le vamos a hacer!, cada invento tiene sus mártires. En cambio, conservaremos el mercado. Cubriremos nuestros gastos y, al mismo tiempo, ganaremos dinero».

Pero Zukor no queda convencido con el plan; él tiene aún uno mejor: «Se dispone a producir films en Europa. ¡Tonterías! Los films no son lo mismo que los automóviles Ford. ¿Puede comunicarse a Europa nuestra velocidad? Si hemos conquistado el mundo, no es sólo por nuestra mansedumbre. En Europa, Zukor hará pésimos films europeos. ¡Seguramente se dejará allí las plumas!...».

Sin embargo, Zukor acierta: «Europa se agita: ¿dónde construirán el nuevo Hollywood? Los alemanes escriben: "Berlín, corazón de Europa". Los parisienses les responden con un "¡V a m o s" desdeñoso:

¿quién no sabe que París es la capital del mundo? Los ingleses insisten en que ha de ser Londres: con los films sonoros, la niebla ya no tiene ninguna importancia. Todos esperan. ¿Dónde irá a echar el ancla el superdreadnought Paramount?».

Y al cabo de algún tiempo, Joinville se transforma en el Hollywood de Europa. Allí, «la gente está en el ardor del trabajo. Mister Kane felicita a los checos. Repréndese a los rumanos. Va de un lado a otro, mira, se alegra. Ha conseguido sus fines: fabricamos nuestros films en cadena. Ford, los automóviles. Gillette, las hojas de afeitar. Paramount, los sueños. El cine, producto del nuevo siglo. Su alma, la rapidez. Antaño, la gente contemplaba las imágenes en marcos de bronce. Insistiendo. Soñando. Pavoneándose. Hoy, deicéis imágenes por segundo: tierras, caras, quimeras. Treinta segundos, lágrimas. Después, cuarenta segundos, fuga y persecución. Luego, diez segundos, la muerte. Mirar aprisa. Fabricar aprisa. Los poetas y los caballos se han esfumado. En lugar suyo, los 40 HP. y los films Paramount».

En ocasiones, algún país quiere poner fin al exceso de films norteamericanos. Pero todo acaba arreglándose. Para eso está Hays. El convence a todo el mundo con sus buenas y santas palabras.

## LA OTRA CARA DE LA MONEDA

«El cine está a medio camino del cielo. Todos comulgan en él con las ideas de papá Zukor. Al firmar el pacto, lo que venden los hombres no son unas horas de trabajo despreciables, sino lo que se llama su "alma". No tienen por qué aver-



Ramón Novarro, uno de los galanes de moda, podía haber motivado las cartas de admiración de una Fraulein Elsa. Y ésta se dedicaría a trabajar como «extra» soñando en el triunfo que su admirado héroe le proponía desde la pantalla.

gonzarse: están en la cadena y fabrican sueños».

Entre esos hombres que «no se venden» están los «extras». O los «fans» que, como Fraulein Elsa, escriben sus enamoradas cartas al galán de moda: «Soy muy desgraciada. Aquí nadie comprende el cine. Esto es un pueblo. Todo el mundo piensa en las cosas vulgares —en el dinero y nada más que en el dinero—. Siento que he nacido para el arte. Puedo ser una Greta Garbo. He leído la biografía de usted. También usted ha sido desgraciado. Acuérdesese de los tiempos en que vendía bombones... Tengo unos ojos muy fotogénicos. Tengo una voz bien timbrada. Estoy aprendiendo el inglés. Tiene usted que ayudarme a ser actriz. Le estimo a usted y le quiero. No ansio dinero, lo único que deseo es representar, quiero hacer reír y llorar a los hombres...».

(...) «El mar arroja a la costa tablas podridas y algas muertas; la costa es larga. ¿Adónde arroja la vida a sus detritus?... Por lo que hace a las mujeres, el camino a seguir está claro. En las estrechas calles de Gálata se apuestan, desvestidas y pintarrajeadas, a la espera de los marineros. Y los hombres, ¿qué pueden hacer?... Unos se alistan en la Legión Extranjera: disparan, con fusiles franceses, contra los árabes. Otros entran de comparsas de cine. Estos no matan a nadie, se contentan con horriguear tristemente a la puerta de las fábricas. Han de tener un semblante noble y limpia la pechera de la camisa. Se divierten, ballan o charlan con naturalidad, doce horas, quince horas seguidas: no son obreros, son los desechos de la vida; no los han barrido cuando hubiera sido menester.

«Muchos rusos entre los "extras". Han perdido las esperanzas, pero conservan los uniformes. Se les toma para hacer films sobre la vida rusa: es lo que está de moda en este momento. Para todos existe una tarifa: bajada con paracaídas, 80 dólares; de cabeza, 150 dólares. Son momentos en que no basta con la destreza: es indispensable despreciar la vida. Lo que se paga —y lo que se paga bien: 225 dólares— es precisamente ese desprecio. El hombre, o se parte los riñones o, en señal de júbilo, se permite una cena opípara, compra un traje a su mujer y calzado para sí».

Mister Hoefler debe rodar una película en África, y ya está cansado de sacar jirafas y leones que, además, la gente puede ver de verdad en los zoológicos. «Unos rugidos no son ninguna cosa del otro jueves». ¿Qué puede hacer mister Hoefler para solucionar su problema? Simplemente fijarse en un «coolie» de su expedición:

El negro tenía una mujer horrible y, por supuesto, negro el pellejo. Seguramente se llamaba tam-



«El nacimiento de una nación» había sido un éxito de taquilla. Y Zukor se dispuso a contratar a directores como Eisenstein. Pero conservaba siempre algunas dudas sobre la viabilidad del sistema. Para él las películas estaban ya determinadas antes de rodarse.



«El desfile del amor». Sin tener en cuenta el trabajo de Lubitsch, su política de «autor», para los magnates de los sueños era una buena aplicación de sus principios de fabricación en serie.

bién de alguna manera; pero, ¿a quién le interesa cómo se llaman estos hombres que andan en cueros? Mister Hoefler lo había tomado para que llevase a cuevas el material y para que disparase contra las fieras. Cuando mister Hoefler miraba al negro, al negro, con el suato, le castañeteaban los dientes. No tenía miedo a las fieras, pero lo tenía del hombre blanco. Era un súbdito de un gran país, de un país conocido por su humanitarismo: era un súbdito británico. Rugen los leones y los aparatos están instalados, enfocados los objetivos. La luz parece satisfactoria.

—¡Anda, corre!

El negro vacila. ¡Están ahí los leones!, hasta ahora nunca se ha lanzado contra las fieras sin llevar nada en las manos. Su mujer es

una negra horrible, pero para él es una buena mujer. El hombre tiene la piel muy negra, pero así y todo quiere vivir. No echa a correr al pronto. Su rostro se contrae en muecas de terror.

—¡Anda! ¡Aprisa!

Los leones son de temer; pero, ¡cuánto más temible es el hombre blanco! El negro echa a correr. Ya está al lado de las fieras. Entonces, el león salta indolentemente sobre el hombre. Lo desgarran con sus zarpas; luego, se lo come. Los operadores toman fotografías rápidamente. Filman todos los gestos y registran todos los sonidos: el rugido, el grito, los gemidos.

—¡Pobre indígena!

(Pondremos: «A uno de los portadores de la impedimenta le ocurre un accidente...».)

Ahora está justificado todo. Por primera vez en los fastos de la pantalla, un león devorará a un hombre vivo. Lo aprobarán por igual baptistas y metodistas: es que el león no devorará a un norteamericano, sino simplemente a un negro. (...) Y el film gusta a todo el mundo. La censura lo ha autorizado no sólo para los adultos, sino también para los niños. Los estetas afirman que está mucho mejor que los melodramas. Los partidarios de los films científicos están entusiasmados con la precisión de los detalles. Se recompensa a mister Hoefler con calurosos aplausos y largas gacetas... Dieciséis semanas lleva el film proyectándose en Nueva York y ya lo ponen en todas las ciudades de Norteamérica, y lo han comprado para Europa. Las acciones de la Columbia Pictures suben rápidamente».

## SESION PERPETUA

A veces, Ehreburg se acerca al panfleto inocentón. Pero su libro, en conjunto, es seguramente una de las más interesantes aportaciones al conocimiento del mundo que vivimos. Del mundo de la imagen. Del poder de la imagen. Lógicamente, las cifras que cita Ehreburg han cambiado con respecto a nuestros días. Eso ya lo veremos en otro capítulo de esta breve serie. Y pasaron muchas cosas en el cine norteamericano hasta llegar a ellas. Y eso también lo veremos. Pero, ¿han dejado de existir los Zukor? ¿Ha dejado el cine de poseer esa fuerza que Ehreburg, en la apoteosis final de su libro, le atribuía?

«No les abandonarán los sueños, los hermosos sueños, amañados en centenares de fábricas, los sueños de la Paramount o de la U. F. A., se trocarán en el aire confinado de la alcoba, en el calor hostil de la almohada, en la caída y el grito del sueño absurdo y agitado; los sueños les abrumarán hasta la hora que suene el despertador: ¡las seis!, ¡las siete!... ¡Atornillar!... ¡Teclar!...».

«Entonces, los sueños se metamorfosearán en una mañana desagradable, en tornillos o en teclado. ¡Atornilla! ¡Tú serás un Rockefeller! Tendrás un palacio y un yate. ¡Reventarás! ¡Te enterrarán! ¡Atornilla! ¡Atornilla! ¡Tecléa en la máquina! Novarro va a enamorarse de ti. ¡O tu jefe! ¡Se apoderará de ti! ¡Te contaminará! ¡Te dejará! ¡Te tenderás en la cama como acabó haciéndolo Fraulein Elsa! ¡Al Paraíso, llevada por un tronco de agentes!».

«Caja mágica: es lo que gobierna al mundo. Es un gran invento y es el tedio, un tedio ávido, malo. Es el cine...» ■ D. G.

## PROXIMO CAPITULO:

«MCCARTHY Y LA CAZA DE BRUJAS», de Román Guberu.

Por F. Lara.